

Alejandro Aura

Se quedó sola

Porque así es la vida,
dura vida, me dijiste, Julia, abuela mía. Doble o triple tu soledad. Venida en estas tierras, florecida con tu corazón en esta ciudad, tan grande y tan ignorada, desde el principio de tus ya largos días y, como la ciudad, llena de abuelos misteriosos, de sangres raras, de raíces afluentes.

Me aseguraste el mal, me pusiste sobre aviso de los contratiempos y de las calamidades. Qué pequeños somos, qué insignificantes, somos como guijarros, ¿o eso no lo dijiste nunca tú?

Reza, Julia, que la pasión te salve, que el manto de la fe te dé sentido, que la oración colme los huecos de tus años por los que poco a poco, flor del siglo, deambulaste. Reza, abuela Julia, inventa la bondad, la paz para los que quedamos, la tranquilidad para que puedas irte. Ave María, Julia, prestidigita y haz aparecer en tu alma una razón de haber vivido. Ave María.

Su primera noticia de la muerte vino de lejos, hace muchísimo tiempo; en sueños oyó los estertores de la agonía de su padre que cumplía una misión del gobierno de don Porfirio en Valladolid. En sueños vio y oyó la muerte. Toda la familia quiso consolar su llanto con amor conjunto hasta la hora en que llegó, puntual, el telegrama: Sentido pésame por fallecimiento ingeniero Alejandro Ordorica (punto) la comisión.

La catástrofe, el derrumbamiento. Al tiempo que se acababa la época, se acabó la casa con la muerte del padre; a la calle la familia con el pavor de la supervivencia como si no fuera bastante el sentimiento del despojo; a trabajar los dos hermanos tan gallardos adolescentes; a la calle todos, a la calle; a buscar con desesperación algún futuro, algún quehacer en este caos, oh dolor, oh infinito dolor.

A los dieciocho años Julia quedó desamparada, cada quien para su santo, para su longeva religión de sobreponerse.

El hermano mayor remató la casa y se alió a un comerciante; el socio le robó la firma y el capital; desesperado se subió a un caballo y se fue a engrosar alguna fila de la campaneante Revolución. El bigote grande, el pantalón bombacho, las botas altas en la amarillente fotografía; a su lado Carlos, el hermano que lo siguió inútilmente y un general gordo y efímero; los tres juntos en el álbum de los recuerdos como fantasías grotescas.

Adelina, más joven que Julia, consiguió pronto marido viejo pero de bolsa floreciente y se fue a tener hijos y viudez con él a Sudamérica;

con ella se marchó la madre,

menos feliz cuanto más suave, más señora cuanto más lejana; las dos y los hijos de Adelina perdieron corporidad con el largo exilio, se tornaron en el éter del abandono...

María, la menor, murió, como su nombre indica;

Julia lo supo en un largo gemido pero no lo confirmó para no sufrir dos veces por la muerte de su hermana.

Cierta vez apareció en la vida de Julia un estudiante de jurisprudencia

que le hacía versos bajo la ventana desde la que Julia vagaba quieta buscando algún destino. Manuel le dijo cosas del amor en boga: Julia, Julia, ven y toca con tus manos finas el latido de mi alma; abajo de tu ventana veo caer tus párpados como los mantos de la noche, sólo tú y yo que estamos dentro tenemos luz en las lámparas verdes de tus ojos, Julia; tus cabellos claros, tu figura esbelta y elegante como preludio para los cisnes del futuro, Julia, Julia, más allá de ti sólo la muerte.

Julia supo entonces del amor bien dicho;

en la boca de labios delgados de Manuel oyó el torrente de las verdades teñidas de colores bellos que le dijo y no se resistió más tiempo, cerró una noche de tantas la ventana de su señorita y bajó al zaguán.

Amor sin bendiciones, sin firmas y sin apellido, la hizo señora de su nuevo estado;

Manuel le puso casa y le compró piano,

en él largas horas inventaba Julia por no aburrirse esperando al señor para quererle. Solía sonar un cu-cú que Julia amaba; solía Julia responder a la llamada a misa; a la vieja costumbre de estar en la ventana contestaban los pregones ambulantes: mercaraaan; y Julia ejercitaba la memoria, el corazón y la paciencia.

Once años la celó Manuel mientras hacía fortuna, mientras se acomodó en su tiempo a enriquecer su nombre; el orden social era distinto; el amor, altibajante;

Manuel era simpático y activo,

tenía carrera, iniciativa y ojos claros.

Pero después de once años del amor pasivo de Julia

se encontró Manuel en un golpe del corazón con una bella italiana que le marcó la vida; arregló pronto los desajustes de su alma y la desposó.

Julia se quedó sola y preñada para siempre, porque después de que nació la niña le quedaron en el alma los versos y las horas viejas de Manuel. Tu corazón es una tumba egipcia, tu corazón es el manto negro que servirá para cubrir el mar a la consumación del tiempo, tu corazón es una fruta nueva prendida por el pico de un pájaro a la mitad del día, ¿qué cosa que haya puede no ser tu corazón?

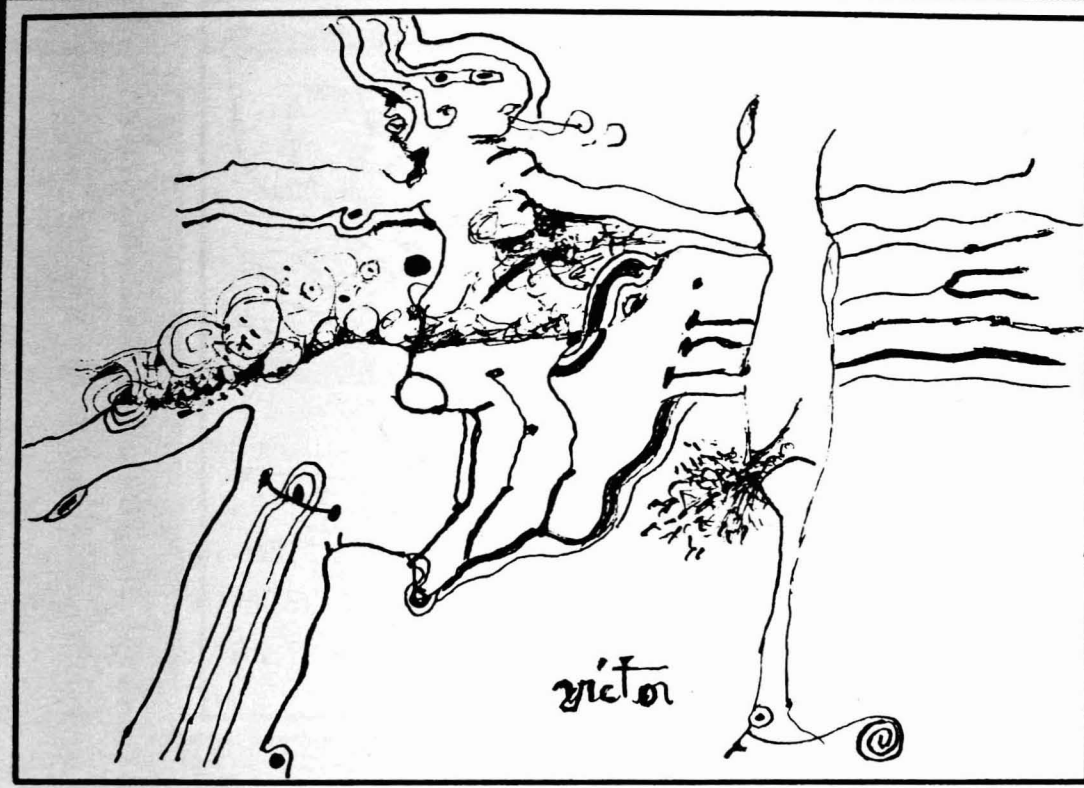
Se instaló con su hija en una pequeña y sucia vivienda de la colonia Guerrero;

mal durmieron las flores que dieron nombre a aquellas calles desde que allí te fuiste, Julia, a confinar tu tedio y tu amargura.

Vivían de la precaria pensión

que, para golosinas, advirtió, le mandaba Manuel a la hija de su desconocimiento.

Julia decidió esperar la infinita marcha de las horas y así se fueron los años, como esponjas.



Iba Julia caminando por los atardeceres de San Cosme hacia la iglesia que está en Serapio Rendón para rezar el rosario de sus muertos y sus vivos; iba despacio en sus ochenta años, solitaria, preparando su ánima para platicar con Dios como una niña; iba, sin saber, pasando por la historia. Iba mi abuela pensando sus plegarias. Buenas tardes, Dios mío, perdóname hoy miércoles de que otro miércoles del mundo amé y con la Revolución se vino abajo tu santísimo nombre y pequé y tuve una hija después de once años de miércoles redondos como la roja manzana del paraíso y fui dejada y vejada y madre. Perdóname, Señor. Y hoy jueves, de que otro jueves con lluvia creció mi hija, se hizo mujer, y yo, madre, hija de la soledad de los recuerdos, no lo supe y tuve ganas de estar en la vendimia para beber el jugo de los años de la tierra. Y estuve. Perdóname, Señor. Dije mentiras. Acompáñame, Señor. No quise estar en mi pellejo a solas. Ámame, señor.

Dormía Julia con su hija desde hora temprana para no gastar la vela.

Algunas noches, Julia despertaba a la niña con quejidos tristes, *lloraba en sueños muertes desconocidas*, caídas en desgracia final de quienes en el último momento lanzaban sus señales al viento para que alguien como Julia las recogiera con la potente antena de su desesperación. Iba y venía la muerte por los sueños de Julia tejiendo sus guirnaldas, haciendo su trabajo corriente y duradero.

Mal que pudo, Julia preparó a su hija para la lucha con la vida:

a los catorce años la tuvo lista para ganar el pan de las dos enseñando corte y confección. A tiempo, porque una noche cayó como el disparo de una catapulta en el sueño de Julia *la muerte clarísima y eterna de Manuel.*

No lloró esa vez, no despertó gritando, no se encogieron de lobrete las paredes maltratadas y viejas ni cantó de miedo el gallo; aquella muerte era la consumación de un ciclo de la vida del corazón de Julia; abrió los ojos en la oscuridad y se quedó meditando hasta el amanecer. La vida y la muerte.

*La vida y la muerte.
Y la muerte.*

Emma, la hija de Julia, obtuvo plaza de maestra en una escuela técnica de una pequeña ciudad del interior de la República;

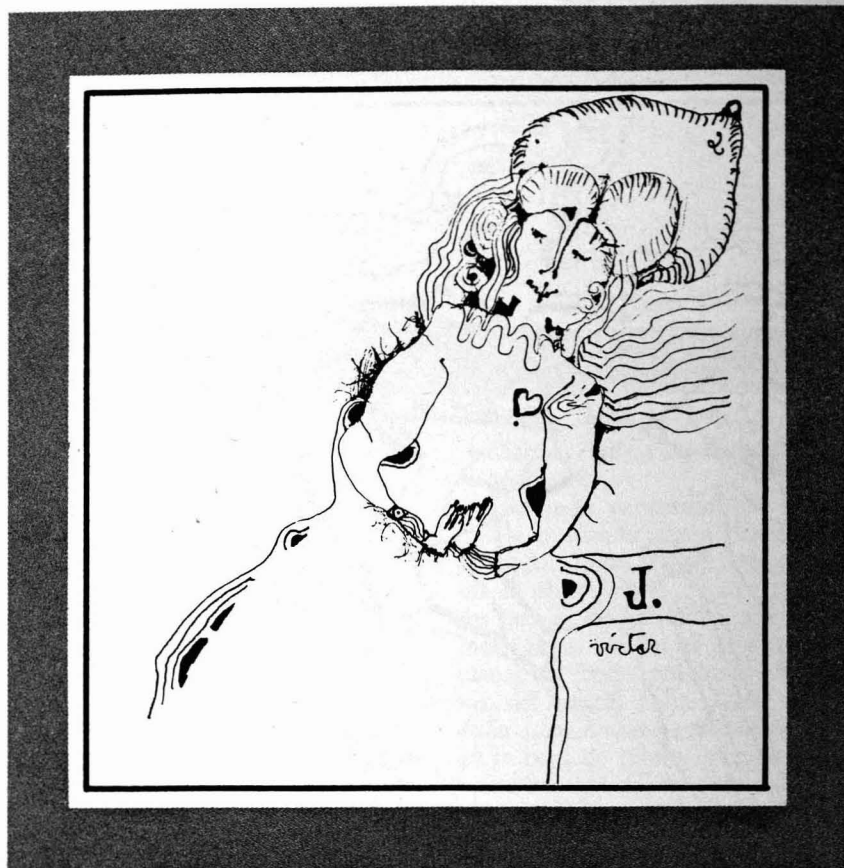
allí instalaron las dos mujeres nueva casa y nueva vida y en ella hospedaron a varios jóvenes maestros.

Maximiliano vino para ser jefe de talleres de la escuela. Pronto las cosas sucedieron como suceden siempre, las sangres se llamaron,

Maximiliano y Emma

encontraron en las modulaciones del tiempo una música común que si bien fue fugaz, dio espacio a la determinación de sus corazones dispuestos a reinventar la eternidad.

Contra la voluntad de Julia unieron sus caminos;



tan ilusos, tan distintos que eran o debían haber sido, tan ingenuos los dos, tan inocentes.

Vino entonces una época de lucha para Julia, tenía que resolver su soledad definitivamente, tenía que estar inscrita en la vida de los demás a toda costa. Y lo hizo. Levantó muros de intrigas, inventó toda clase de argucias, abrigó la esperanza de amarse con Maximiliano; tal vez se amó con él, estérilmente. Fue luego tirando cardos en los corazones de Emma y de Maximiliano para que se hirieran hasta con la ternura.

Ganó y perdió parcialmente durante muchos años.

El matrimonio joven nació con el tumor maligno de la incompreensión;

sin embargo procrearon, y en idas y venidas del amor al odio dieron cinco hijos a la tierra.

Padres pródigos, padres bondadosos, se fueron de Julia cuando ya era tarde, cuando el impulso del amor había cesado.

Pero dejaron al niño pequeño,

territorio perdido, parte cercenada, pago a las veleidades de la guerra, pueblo abandonado, bastión quedado en la frontera de la tierra peleada, niño trunco, abyecto perdedor que no supo por qué se llamará cobarde para siempre porque no murió; buscará paternidades, nombres, madres que lo seduzcan una vez y otra vez en la superposición de una vieja madre ficticia y una virgen de estampa, asexuada, temida, venerada, custodiada en campo de oro viejo con laberinto al fondo y arcángeles armados belicosos.

Pero Julia, por un tiempo más ganó terreno a la soledad, tuvo un niño de rehén contra la muerte. Lo educó a su mane-

ra, se aferró a la vida del niño a su manera; en él dibujó graciosamente la estampa de su soledad, la percepción de los momentos cruciales, la escalinata de la tierra al cielo por la que ella subiría en el momento dado a comparecer, a mostrar todas sus cartas, a decir que sí, a reconocer finalmente todo lo que bien o mal hizo para sobrevivir su corazón a tantos llamados de la muerte.

Grabó con un buril en el niño

la pasividad como defensa y el amor como divino merecimiento. Y fue que el ojo de Dios velaba sobre Julia y la inspiraba.

Pero ganó sólo parcialmente, porque el niño creció, se hizo adolescente y se marchó.

Entonces Julia se quedó sola y en casa vieja a recibir en sueños los telegramas de la muerte; subrayaba en un calendario cada fecha importante, cada pedazo de su propia muerte que le enviaba Dios.

A no ser porque las fibras de nuestras emociones van en juego porque a cada frase se adelanta el camino que te llevaría ineludiblemente hasta el final, y no es éste lugar para poderes ajenos al recuerdo, yo seguiría construyendo esta especie de nuevo testamento coronado por la desilusión. Hasta la vista, Julia; un día relataré tu corazón completo, un día desvestiré totalmente mi alma y tú saldrás a flote como una pústula o como una flor. Sigue rezando, abuela. Es por demás tratar de retener el flujo de los actos; sucede el sueño a la vigilia. Siguen pasando nubes por encima de la ciudad; a veces llueve; hace agua mi corazón; te veo pasar y espero la noche en que despertaré completamente lúcido como un huérfano más que acude al sueño para certificar su soledad.